

LUÍS ESTRAGUÉS CARRATALÀ



CASO FURIA
Miedo en las prostitutas

narrativa



1

I

23:30 horas

Voz anónima

No sé qué me daba más placer: si poseerla sexualmente o someterla a mis antojos.

Probablemente, ambas cosas.

Creo que no sabría distinguirlo.

Tampoco me interesaba lo más mínimo. Yo disfrutaba así.

A pesar de que era ya una mujer madura, esa rubia estaba muy buena: pelo largo, grandes pechos (operados, pero qué más daba, mejor para mí), culo redondo y aún prieto.

Vamos, lo que se conoce técnicamente como una MILF (Mother I Like Fuck) en inglés.

Si hubiese accedido de buen grado a mi ritual sexual, habiéramos tenido una tarde de gran jolgorio.

Seguramente, inolvidable.

Era lo que se esperaba de una puta, ¿no?

Pero dos hechos hicieron que se torcieran las cosas.

El primero, que eyaculara nada más verla desnuda.

Permanecí muy excitado durante todo el camino, pensando en cómo sería nuestro encuentro; y mantuve mi miembro en fase de semierección más rato de lo acostumbrado.

Por esa razón, llegado el momento, no pude contenerme.

Tampoco me importaba mucho lo que pensara sobre mí.

Para eso le pagaba, para no pensar; sólo tenía que hacerme lo que yo quisiera.

El eyacular antes de tiempo me perjudicó más a mí que a ella, porque me obligó a retrasar su penetración.

El segundo inconveniente fue que esa puta me salió más peleona que las anteriores.

Después de que me autoeyaculara encima y fuera al lavabo a limpiarme; le pedí lo que más me gustaba: andar a cuatro patas desnuda, haciendo el perro por todo el bungaló, para que la pudiera penetrar por detrás cuando quisiera.

Pero la muy guarra se negó.

Creo que no era una petición tan rara.

Lo había visto hacer en algunas películas porno, en las que el hombre incluso fustigaba el trasero de la mujer, montado encima de ella, para que fuera más rápido.

Yo iba a ser un poco más respetuoso. No la fustigaría.

Sólo le estiraría su rubio pelo largo, para que mi miembro la penetrara con más fuerza.

No entendí por qué no quiso hacerlo.

Para eso le pagaba una buena pasta, para que se sometiera a lo que a mí se me antojara.

Yo no le había regateado en el tema de su dinero. Le iba a dar el importe que me pidiera.

Por eso, no comprendía por qué ella me limitaba en la prestación de sus servicios.

En cuanto me contrarió en mis peticiones, ya tuve claro que la mataría; aunque, en ese momento, ella no lo supiera.

No saldría viva de allí.

Pero lo que realmente más me cabreó, fue el hecho de que quisiera llamar por teléfono a alguien para pedir auxilio.

Creo que alguna cosa ya se imaginaba.

La hostié bien.

Le cogí el móvil y se lo rompí, lanzándolo fuertemente contra el suelo.

La arrastré por los pelos hasta la habitación de matrimonio del bungalow.

Nos estiramos encima de la cama desnudos y empezamos a tocarnos mutuamente los genitales.

Me gustaba sobarla, pero no disfrutaba con lo que me hacía ella a mí: me masturbaba mi miembro demasiado fuerte y me hacía daño.

No tenía el cuidado de cuando me lo hago yo. Suave y acompasado.

Además, después de la primera eyaculación, al principio, tardé bastante rato en volver a tener una erección, por lo que aquella maniobra en la cama resultó ser un tiempo perdido.

«¿Cómo puede ser que una puta no sepa pajearte bien? Se supone que son profesionales de esto, ¿no?», pensé.

No me divertía.

Así que estando ambos allí estirados, sin avisarla, la apuñalé en el abdomen una vez.

«¿Qué utilidad tiene una puta, si no te da placer?», me pregunté. Además, la muy zorra aún querría cobrarme por no hacer bien su trabajo. Ni hablar. No era justo.

Ella reaccionó con un fuerte grito y se levantó rápidamente. Intentaba escapar, aunque perdía mucha sangre.

Se detuvo en la cocina, apoyándose en la encimera de los armarios bajos.

Yo me incorporé lentamente. Sin prisa. Sabía que no tenía escapatoria posible. La puerta del bungalow estaba cerrada con llave desde que entramos, y la había escondido para que no pudiera encontrarla.

Cuando me reencontré con ella en la zona de la cocina, le asesté una nueva cuchillada, esta vez por la espalda, mientras iniciaba su andadura para escapar.

Esa vez, un chorretón de sangre manchó a mi perro.

Aquello, si cabe, aún me enfadó más. Seguramente me obligaría luego a darle un buen baño antes de marcharme.

Algunas zonas del pelo blanco le quedarían de color rosáceo, unos cuantos días. No se lo podría quitar del todo, a pesar de que me esforzara mucho frotando.

Cuando cayó muerta al suelo, sentí cómo mi malestar y mi ansiedad disminuían. Una sensación de liberación embargó todo mi pensamiento.

Estaba contento. La había poseído. No sexualmente, pero sí de una forma poderosa.

Aquella mujer rubia, de aspecto tan impresionante, el sueño sexual de todo hombre, había sido completamente mía por unas horas.

Me había impuesto a su voluntad.

La tuve a mi merced para hacer con ella lo que quise.

Cada vez que me cargaba a una de esas putas tan impresionantes, mi ego subía muchos enteros. Me empoderaba.

Era como una adicción. Me daba placer, y no podía parar.

Como inconveniente, su muerte había resultado una mayor carnicería de lo esperado en un principio.

Las anteriores no se resistieron tanto. Fueron muertes más sencillas.

En este caso, me costó más de lo previsto limpiar bien el bungalow.

La alfombra de debajo la mesa del comedor, que cubría la zona entre esta y el sofá, quedó totalmente manchada de sangre; como no podía limpiarla, tuve que tirarla.

Eso resultó ser un gran problema.

El bungalow no, pero aquella alfombra era mía y me había costado un buen dinero en su tiempo.

«Qué lástima de pasta invertida en ella», pensé.

Había sido muy concienzudo en la limpieza de los restos que hubiera podido dejar aquel hecho.

Pero, para asegurarme definitivamente; decidí darle un repaso general a todo el interior del bungalow por última vez, antes de marchar, ya de vuelta a casa.

Ya que tenía que tirar esa magnífica alfombra, le di un último servicio, para despedirme de ella. La utilicé para cargar rápidamente el cuerpo sin vida en el maletero de mi vehículo, después de vigilar bien que nadie me viera.

Aquella hora era la más adecuada para sacar un cadáver. Había poca actividad en el camping.

No la encontrarían. Iba a deshacerme de su cuerpo rápidamente.

Lo enterraría junto con el de las otras. Nadie la echaría en falta, de igual forma que no buscaban a las demás.

—Jackie, vamos —le grité a mi fiel amigo.

Este se levantó rápidamente del sofá-cama de la zona del comedor, donde estaba recostado, y salió corriendo por el pequeño porche escaleras abajo, hasta el coche aparcado en el lado izquierdo del bungalow.

Se quedó enfrente de la puerta trasera derecha del vehículo, esperando a que se la abriera; para luego acomodarse estirado encima de los asientos posteriores.

Cerré la puerta del bungalow con la mano derecha, porque en la izquierda portaba la bolsa de basura con los botes usados de detergentes, lejías y otros productos; así como los utensilios de limpieza.

Bajé por los peldaños de la corta escalera que unía el porche de la parte delantera con la calle asfaltada, y me dirigí al coche.

Abrí las dos puertas traseras del vehículo, y mientras el perro entraba en el vehículo por el lado derecho, yo coloqué la bolsa de basura en la zona de los pies del ocupante posterior izquierdo, detrás del asiento del conductor.

A los pocos minutos, ya salía con el coche por la puerta principal del recinto acotado del camping, confiado en poder esconder bien aquel cadáver.

Estaba seguro.

Después de tantos años, todavía no habían encontrado a las anteriores.

Lo iba a seguir haciendo.

Y nadie me detendría en mis propósitos.

• Miércoles, 10 de septiembre de 2014 •

2

I

07:50 horas

Juan

«Le voy a estrangular», pensé.

Evidentemente, me refería a Mario Soto, cabo de la UCIO. Era el encargado de la instrucción de aquel atestado policial.

Cerré la carpeta verde de golpe y la aparté del resto.

«Con el trabajo que tengo cuando estoy de mando de incidencias de la DIC, y este no hace más que complicarme la vida», me dije para mi interior.

De los cinco expedientes que me había pasado el cabo para su revisión, ese me llamó la atención.

No por su concepto; sino porque recordaba que, en los últimos meses, se había producido algún caso más como aquel.

Se trataba de la desaparición de una mujer que ejercía la prostitución a pie de una carretera comarcal, cerca de la localidad de Rubí, en la provincia de Barcelona.

La denuncia la había realizado la tarde anterior una de sus amigas y compañera, que también trabajaba en ese lugar; al parecer, la persona más parecida a un familiar que tenía la víctima.

Mario se había limitado a coger una breve declaración de la amiga de la desaparecida; y con esa sola información, había dado por finalizada la instrucción policial, para su tramitación al juzgado, sin antes realizar ninguna gestión más de averiguación.